

«DECÍAMOS AYER»

Rafael Pombo (1833-1912) es un inmenso poeta nacional. Los colombianos han aprendido a leer en *El renacuajo paseador*, la *Pastorcita*, *El gato bandido*, *La pobre viejecita*, poemas de ágil encanto musical. Muchos vibraron con el amor, dentro de una visión espiritualista, en *Elvira Tracy*, *Noche de diciembre*, *Decíamos ayer*, *Perpetua* y toda la extensa colección de sus poesías amoratorias. Otros han percibido dudas filosóficas con *Noche de tinieblas*. Todos han captado las emociones populares con *El bambuco*, y *El torbellino a misa*. Pocos han podido sustraerse a la admiración por los héroes en *A la tumba de Girardot* y *Las queseras del Medio*. Muchos han convivido las maravillas de la naturaleza en *Ante el Niágara*, *Preludio de primavera*, *Despedida de enero*, y, finalmente, a envejecer en los magnos testimonios existenciales de *Indiferencia*, *Dios*, *De noche*.

Sí, Pombo enseñó a generaciones de colombianos a leer, vivir, amar, envejecer y morir: transmitiéndoles también, a través de magistrales traducciones, la voz de otros poetas, antiguos y contemporáneos, entre otros a Horacio, Virgilio, Tennysson, Heredia, Bryant, Longfellow, Goethe y Schiller.

Si algo distingue a Pombo es que orquestó una amplísima temática humana, una variadísima gama estilística y una vastísima eufonía verbal. Se adentró en múltiples vivencias — al compás de su larga vida — con idiosincrasia muy suya, sin importarle que el tema fuese poético o no, con tal que fuese humano. Por el hecho de ser humano lo consideraba poetizable. Asimismo manejó el idioma con exuberancia, casi con delirio, avasallándolo a su amaño, dueño de cualquier estructura lingüística que le surgiera al impulso de la inspiración. Aunque conscientemente siguió los experimentos de métrica iniciados por Caro, sin embargo era más el tema — severo o

ágil — el que lo alentaba a seguir uno u otro tipo de verso. Por ello mismo — fiel a lo romántico — es desigual hasta lo sumo: canta aquí y allá situaciones ocasionales, se hace prosaico a veces en su léxico, aunque también engrandece prosaísmos y enaltece circunstancias transitorias. Murió solterón, enroscado, como la serpiente, en el rumiar de un amor que perpetuó a través de su existencia, o buscando sin cesar satisfacción para su grande y tímido y apasionado corazón: algunas de sus mejores glorias están en esas elegías amorosas, repetidas a intervalos a través de su soledad, en *Perpetua* (1889), en *Siempre* (1887), y en *Noche de diciembre* (1874).

Pombo, en definitiva, es un hombre que hace de la poesía su arte natural de expresión, vertiendo en ella, paso a paso, sus resonancias vivenciales. Toda esa poesía, la grandiosa y la trivial, es documento autobiográfico y, también, protocolo de una época que cubre ingente período de la historia patria.

Vico divino, que a groseros vicios
me hiciste despreciar

para llamar las cosas por sus nombres
otra vez, como Adán ...

(A la poesía)

Siendo *Siempre* un poema tan acabado en la mayoría de sus estrofas, *Noche de diciembre* tan perfecto en el solemne desarrollo del ascenso hacia el amor inmortal, *Noche de tinieblas* tan angustiado en contrastes de concepciones metafóricas ante la presencia del bien y el mal, *De noche*, un soneto de tan precisa vertebración, *Ante el Niágara*, tan aborrecido en emociones cósmicas de estribor; siendo tan anchuroso su lirismo — casi como una galaxia en donde circulan corpúsculos al lado de soles —, por ello mismo no se le puede circunscribir a un poema. Sin embargo, *Decíamos ayer*¹ es

¹ *Decíamos ayer* es originario de Pombo, pero inicialmente arranca de un poema de Ella Wheeler, que se combina con las célebres palabras de Fray Luis de León, al regresar a su cátedra de Salamanca.

quizás el poema que más lo sintetiza en su idiosincrasia de bardo. Allí desembocan, si no todas, por lo menos aquellas grandes vertientes de su estro, aun aquellas que juegan en los *Cuentos pintados* y en las *Fábulas infantiles*.

Para *Decíamos ayer* utilizó el ya vetusto endecasílabo entreverándolo con estrofas de rima aconsonantada alterna. Al usar esa andadura métrica no es original, pero sí lo es en la fluidez con que lo embrida, cortándolo a veces, dilatándolo en otras y encabalgando no sólo unos versos a otros, sino unas estrofas a otras. Allí brilla, pues, esa movilidad versificadora, virtud en la que Pombo sólo cede lugar, tal vez, a los dramaturgos del siglo de oro, aventajándolos en cuanto que él, a lo largo de su poesía, afrontó cualquier mensura desde el disílabo hasta el exámetro, siempre con la destreza de un Cid que va campeando por cualquier territorio. Nadie, en verdad, lo sobrepasa en esa esfera dentro de la poesía española:

esas trombas de lírica armonía,
infiernos de pasión divinizados
en que nos arrebatan a porfía
todos los embelesos conjurados.

Otro ejemplo de encabalgamiento en el que se ve un efecto rítmico de galope puede observarse en esta estrofa de *El coche*:

¡Triqui!
¡Traque!
¡Juipi!
¡Juape!
¡Arre!
¡Hola!
¡Upa! ¡vivo! ¡carambola!

Así del pescante,
feroz, jadeante,
se explica el cochero
de un coche viajero
que alzando humareda
y atroz polvareda
veloz, bamboleante
más brinca que rueda.

Y el látigo zumba
 y todo retumba
 con tal alboroto
 cual de un terremoto
 que al orbe derrumba,
 y toda la gente
 se agolpa imprudente
 a ver qué noticia
 al mundo desquicia,
 o qué malhechores
 o insignes traidores
 cazó la justicia;
 o qué personaje
 va en urgente viaje
 de cántaros de oro
 que siguen ligeros
 tal vez bandoleros,
 galgos carniceros
 en pos del tesoro.

Al fin paró el coche
 ya entrada la noche,
 y abriólo el gentío
 con gran reverencia,
 y (¡extraña ocurrencia!)
 lo hallaron... ¡vacío!

Tal es, en retrato,
 más de un mentecato
 de muchos que encuentro.
 ¡Qué afán!, ¡qué aparato!
 y nada por dentro.

El tema de *Decíamos ayer* puede distribuirse así:

Memoranza elegíaca (1 a 36) *
 Epodo de la juventud (37 a 80)
 Cántico de conjunción entre amor y tierra (81 a 132)
 Meditación sobre tiempo y eternidad (132 a 180)
 Intuición del hombre y su destino (181 a 188)

* La numeración corresponde a los versos, tal como se presentan dentro del poema.

Salmo a la muerte y a Dios (189 a 192)
 Recapitulación (193 a 200).

Estos son los temas fundamentales de toda su existencia. Por ello *Decíamos ayer*, en cierta medida, los concreciona. Son temas que giran en torno a un antiguo amor sin tiempo, y que se repiten en sus elegías amatorias:

Nadie dejó de amar si amó de veras:
 cuando en árido tronco te encarnices
 con la segur, tal vez lo regeneras
 si son como las nuestras sus raíces (133 a 137).

En *Decíamos ayer*, Pombo entreteje tales temas sobre tres planos que también se entrecruzan, y de tal modo, que, en ocasiones, son uno solo: existencia, amor, tiempo. Tal unidad se comprende finalmente cuando expresa:

Atando el hilo roto un largo instante,
 sigamos, pues, llorada compañera,
 hacia atrás, y a la par hacia adelante,
 a nuestro gran *será* que hace años *era* (193 a 197).

Entonces se ilumina uno de los más profundos aciertos dialécticos de su poesía: pasado, presente, futuro, se realizan, se interfieren, se superponen, se separan y se conjugan: el pasado es presente-futuro, el futuro es presente-pasado, el presente es pasado-futuro; estas realidades son masas temporales, plenas en sí, pero también se utilizan para trasladarse de una temporalidad a otra o unificarse en una sola realidad de existencia o amor o duración. Es como si la temporalidad fuese única o a todo lo soportase la sustancia de la eternidad:

“Han pasado años. En la cuenta hay yerro, o nosotros, no ellos, no pasamos”. “Regalemos la orfandad del gusto con el añejo néctar del banquete”. “En estos ojos... allí estás tú sin lágrimas que te ajen”. “Aquella tarde insólita, imponente, fue sólo misteriosa profecía de este misteriosísimo presente”. “En todo grato sueño nos parece que ya lo hemos soñado”. “En ti el pasado mágico realizo”. “Esa es la juventud, el fugitivo presagio de la eterna”. “Ah, lo que *pasa, no es*”. Estas

son unas cuantas citas sobre esa interacción de pasado, presente y futuro. Esa es la esencia del poema que termina: "corra el tiempo del mundo para el mundo: nuestro tiempo, en el alma lo llevamos".

Si algún rasgo estilístico de Pombo puede sintetizar su pluralidad de expresividad, es el hecho de que en él se constituye como vehículo de ideas. Ese es su firmamento de gran poeta: ser árbitro y maestro y legislador de una idea traspasada por una imagen. Con frecuencia su exploración científica o su preocupación filosófica se transfunden en imágenes. Tal *Noche de tinieblas*. Lo mismo ocurre con su sensibilidad ante un paisaje como *En el Niágara*. Cualquiera de sus palpitaciones humanas tan diversas a través de toda su poesía, atrae mundos imaginativos. Pombo piensa imaginariamente aun lo trivial. No es raro que, aun en una barcarola, fulgure de pronto una penetrante idea convertida en iridiscente imagen. Así, pues, su antología suprema debe construirse sobre la *idea-imagen*, entresacándola no sólo de los magnos poemas sino de toda su poesía. Pombo desciende a la realidad, penetra la realidad, rompe la realidad, conquista la realidad con una *idea-imagen*.

La *idea-imagen*, analizada en *Decíamos ayer*, se expresa en múltiples tonos: con un sustantivo como "olvidemos la *herrumbre* que en el oro" (13) para determinar que la emoción permanece intacta bajo otras vivencias superpuestas; o "*nauta*" (43) que señala una trashumancia vital; con un adjetivo como "el hado que hizo *injusto*" (17) o "pagar por mí la dádiva *impagable*" (84); con un verbo o sucesión de verbos: "que el tiempo sólo *arrumbe* o *dañe* o *borre*? / ¡Cuánta espina *embotó!* ¡Qué de iras *calla!*" (142 y 143); con una frase: "de *tumbas que haya entre partida y vuelta*" (10); significando todas las experiencias que han ocurrido en un lapso de tiempo; o con toda una estrofa que refleja la resurrección de un amor:

Llama que hoy mismo en mi pupila fría
surge desde el recóndito santuario,
pese a la nieve que en mi sien rocía
el invierno precoz del solitario (25).

Lo fundamental en la *idea-imagen* es que la idea aparece clara tras la imagen. La imagen no luce en sí misma sino que es revelación: así como la luz que hiere al vitral se confunde con él para manifestar el diorama íntegro, de modo que visión, vitral y luz se amalgaman; así también idea, imagen y palabras se consubstancian, para producir la epifanía de versos inmortales.

Cuando Pombo ascendió a las grandes meditaciones que lo constituyeron en excelso poeta traía ya un largo ejercicio: poseía el dominio del cántico y poseía, sobre todo, el hábito mental y la sínéresis lingüística para hacer discurrir el verso en río majestuoso. Por ello su inspiración avanza sin impedimento y se desencadena triunfadora. Pombo, en la madurez, es un seguro argonauta verbal.

Es irresistible, entonces, la sugestión de recordar algunas de sus imperecederas ideas-imágenes. He aquí apenas algunas, arrancadas a una que otra de sus creaciones:

“Cierta como la dicha antes de su hora”; “La sal de la amargura hoy aquilata el néctar del placer”; “Tan sólo propia luz firmeza espere”; “Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo acumular los años sobre ti” revelan la permanencia intemporal del amor, en *Siempre*.

“Como el camello abreva en el oasis y siempre andando con su fuente va, así para cien años de desierto, mi corazón abastecido está” manifiesta ese mismo sentimiento en *Perpetua*.

“Mira ese cielo: es demasiado cielo para el ojo de insecto de un mortal”; “Hay un silencio en esta inmensa noche que no es silencio, es místico disfraz de un concierto inmortal”; “Todo — la gota como el orbe — cabe en su grandeza y su bondad”; “Tal vez pensó en nosotros cuando abrió esta noche, como a las turbas su palacio un rey”; “Este silencio abrumador, profundo, más bien que una hora mundanal, parece la víspera imponente de otro mundo” afirman la presencia de Dios en la sustancia del cosmos, dentro de *Noche de diciembre*.

“Vi vanidad hasta en llorar” revela un grito de desencanto, en *La boca de la eternidad*.

“Feliz el que consulta oráculos más altos que su duelo”, señala una aseveración religiosa.

“Perenne en tu estático trance, en ese vértigo de voluntad tremenda, sin cansarte nunca de ti”; “En tus bordes la hormiga semidiós bulle y se empina a medirse contigo”; “Luchan, cual en eterna pesadilla, monstruos de roca y Amazonas de agua”; “Museo de cataratas, fábrica de nubes, mar desfondado al peso de tus ondas” describen la magnitud del *Niágara*.

“Esta es la luz que pinta los jardines”; “Entran en comunión de simpatía nuestro mundo interior y el mundo externo”; “Nada hay más triste que un alegre día para el que no es feliz” presentan su empatía con la naturaleza.

“Él, como el sol, se iluminaba él mismo”; “El tiempo en su mirar se recogía como asido en las garras del profeta”; “Él citó al mar para su muerte un día”; “Mi porvenir daría por un soplo no más de omnipotencia” esculpen el carácter de José Eusebio Caro.

Era una noche de aquellas
noches de la patria mía
que bien pudiera ser día
donde no hay noches como ella

pictoriza la atmósfera de una fiesta de bambucos.

El gran ocaso en que se extreman tanto
para extinguirse tantas cosas bellas

recapitula la riqueza de la vejez.

“Nací crisálida de la nada”; “Al mal un verdugo veo y al mundo un inmenso reo”; “En vano irónico cirio nos alumbraba la razón” son fulguraciones de raciocinio en su *Hora de tinieblas*.

“Estoy y estuve siempre atrincherado en Dios”; “¿No sientes que tú misma no te sientes en todo su sabor?”; “Cuerpo gentil que se requiebra él solo”; “Sola entre dos eternos infortunios”; “Así mi corazón, cebándose insensato en los recuerdos”; “Armado de una idea contra un mundo”; “Tu

último contendor son las edades”; “Padre tan grande de hijos tan pequeños” son otras tantas *ideas-imágenes* que fulguraron en diversos poemas, como el sacudimiento telúrico que acompañaba a las revelaciones en los oráculos de Cumas.

Examinando esas *ideas-imágenes* se nota que ellas no están construídas sobre un mismo canon.

“La memoria en torno a sí se enrosca cual serpiente en sopor” es una llana analogía. “Como el camello abreva en el oasis. . . , así mi corazón” es una comparación bímembre. “Hay un silencio que no es silencio” es una contradicción positiva. “Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo” es una gradación intensificante. “Armado de una idea contra un mundo” es una antítesis. Es que Pombo nunca se recluyó en un limitado recinto de recursos retóricos. Su *poética* los abarcó todos. En él no hay manías estilísticas, ni fijismos conceptuales. Vive con amplitud universal y expresa esa vivencia, empleando todos los instrumentos lingüísticos de que le provee el idioma. Su estilo no es estilo de su época, porque vivió intemporalmente el ministerio de poeta.

Naturalmente en él predomina la metáfora — la suprema invención de poésis — pero diversificada dentro de una móvil sintaxis, que interroga cuando hay que interrogar o relata cuando hay que relatar. Cualquiera de sus poemas fundamentales reúne muy vastas texturas estilísticas, fuera de las *ideas-imágenes*. Siempre, por ser relativamente breve, puede servir de muestra para corroborar esta perspectiva.

El poema trae hacia el presente la perduración de un antiguo amor. Cada estrofa es un símil o un conjunto de símiles para definir esa perduración; de tal modo que el poema no es sino una espiral de imágenes sobre el mismo tema, desarrolladas independientemente en cada estrofa, pero entrelazadas entre sí, de modo que cada imagen añade una faceta nueva a la visión. Es como mirar un lejano y presente amor, desde distintos ángulos de sol y en distintos estadios de un sendero que asciende a una cima:

Nuestra querida estrella leve gasa
o negro temporal veló tal vez;

mas, ¿qué a ella el furor que al golfo arrasa?
Parece cada nubarrón que pasa
doblar su brillantez.

La copa del banquete postrimera
deja el gusto encantado. En tu vergel
mi hora sonó de juventud postrera;
y el ángel me hallará, cuando yo muera,
saboreando tu miel.

La tarde de la vida, árida y fosca,
pide un hogar con su genial calor.
Si él falta, huracán el corazón se embosca,
y la memoria en torno a sí se enrosca,
cual serpiente en sopor.

Así vuelta la espalda a lo presente
que, sin el ser por quien vivir sentí,
es noria vil, bullicio impertinente,
torno a buscar mi sol, mi cara fuente,
mi cielo, urna de ti.

Así, pues, cada nueva estrofa enriquece la vivencia con distinto resplandor, hasta llegar a la última en que el poeta revela su dramático corazón:

¡Ah! cuando osen a ti dardos y afrentas,
cuando te odies tú misma en tu dolor,
cuando apagada y lóbrega te sientas,
abre mi corazón. Allí te ostentas
en todo tu esplendor.

¿Dónde está él? Donde tú estés. Bien sabes
que fue, por fiel a ti, conmigo infiel.
Ábrelo, que en tu voz están sus llaves;
pero, al mirarte en su cristal, no laves
lo que escribiste en él.

Este encadenamiento estrófico, que trabaja una idea con distintas visiones imaginativas, no es el mismo de la *Hora de tinieblas*, donde la imaginación filosofa apoyada en la fuerza de la antinomia. Allí es precisamente la antinomia la que va proyectando la lucha entre el bien y el mal: es un rejuego de antinomias que se enriquecen a cada nueva estrofa con una maestría que se quisiera el Calderón de *La vida es sueño*.

Pombo, pues, no aplica las mismas técnicas estilísticas y ello se debe a que sus magnos poemas tienen distancia de años entre sí. Las vivencias, por tanto, se han pletozizado de modalidad expresiva. Surgen bajo el dictamen de la vivencia de un hombre para quien la poesía es natural expresión de personalidad. Era un poeta en el que la gran poesía era espontánea.

Pombo requiere examen cuidadoso en sus recursos internos, sobre todo si éstos revelan las facetas ya anotadas. Cualquier sección de *Decíamos ayer* sirve al respecto, por ejemplo el *Epodo de la juventud* (37 a 80). Es una cadena de imágenes que se acumulan en turbión, algunas signadas por cierto hermetismo clarividente, como si pretendieran encerrar en síntesis las atropelladas conquistas a que se atreve esa edad. Sin embargo cada verso no es una imagen: medio verso o un verso, o dos, o aun estrofas, recogen cada una de las *ideas-imágenes*.

De su misma fluidez lírica emana su gran riqueza sintáctica: interroga, exclama, usa oraciones simples o compuestas de toda índole. Baste un paradigma:

Esas flores murieron. Pero, ¿has muerto
tú, fragancia inmortal del alma mía?
¡Años y años pasaron! Pero, ¿es cierto
o es visión que existimos todavía? (97 a 101).

En *Decíamos ayer* la estrofa aconsonantada no lo encadena. Son cincuenta estrofas de rigurosa rima, algunas raras aunque no exóticas. La inspiración fluye sin tropiezo. La rima no se siente en su reiteración. Ninguna es forzosa sino genuina. La misma rima ayuda a iluminar la imaginación: aprestigia además, con su música, el conjunto poemático. Por consiguiente, para un alto poeta como Pombo, la rima no es un obstáculo, sino todo lo contrario, una ventaja lírica.

¿Han pasado años...? Puede ser. ¿Quién halla
que el Tiempo sólo arrumbe o dañe o borre?
¡Cuánta espina embotó! ¡Qué de iras calla!
¡Su olvido a cuántos míseros socorre!

Quien se adentra a analizar cada poema de Pombo encuentra palabras, versos y estrofas imperfectas, quizá inadecuadas y hasta pedestres, pero el conjunto del poema no lo es. Hay aquí, por ejemplo, un verso grandioso que destruiría, no obstante, un poeta parnasiano:

La tarde, la hora del perfecto aroma,
hora de fe, de intimidad perfecta
cuando Dios bajo el sol que se desploma
el infinito incógnito proyecta (121).

Un parnasiano, en verdad, no hubiera escrito tal vez que el aroma es perfecto. Hubiera buscado otro adjetivo, más preciosista o sonoro. Menos lo hubiera repetido después, cuando habla de una intimidad perfecta. Pero para Pombo ese es el adjetivo exacto, y allí se percibe el aroma como perfecto y la intimidad como perfecta, iluminándose uno y otra, aroma e intimidad. A Pombo sólo interesa plasmar esa hora del crepúsculo y su reverberación ante ella. Las palabras le son sumisas.

Poetas como Pombo no toleran que los circunscriba lo formal. El parnasiano, en cambio, quedará encerrado en su formalismo, hará una meta del vocablo, endiosará al adjetivo o al verbo, que serán su espejismo; querrá derrochar imaginación o extender su contemplación, pero el formalismo lo encarcelará. El estuco idiomático será su ídolo y extraviará su vocación para esculpir la estatua. Por el contrario, cuando se lee a Pombo, se olvidan las palabras como tales y se camina por el panorama que integran líricamente. En él se siente la totalidad, no las palabras. Para Pombo cualquier greda lírica y cualquier arcilla sintáctica son valiosas, mientras lo signen como hombre. Por ejemplo en la longa sátira *Doña Pánfaga* hizo derroche de léxicos, aconsonantando esdrújulos, aliterando sustantivos, inventando palabras en irónica procesión verbal:

Ácido prúsico, asafétida, fósforo, arsénico,
pólvora, coloquintida, tragorígano, asarabácara,
cantáridas, nuez vómica, sal catártica, sen, bolo arsénico,

ruipóntigo, opobálsamo, opopónace, alumbre y sandáracas, cañafístula, zábila, ésula, ámbar, sucínico, alúmina, eléboro, mandrágora, opio, acónito, lúpulo, argémone, cánfora, álcali, gálbano, tártago, ánime, pímpido, albúmina, tártaro emético, ínola, ásaro, ísico, láudano, anémone, agáloco, tusílagos, ácula, íride, azúmbar, betónica, elíxir paregórico, yuyuba, éter, almároco, aurícula, sarcócola y crisócola con dorónica y flor de verónica, ranúnculo, dracúncula, emplasto géminis, guaco, sanícula, cal, ácido sulfúrico, zinc, astrágalo, muérdago, etcétera. Mézclense por hectógramas todas estas sustancias, *ad libitum*, y en cataplasmas, cáusticos, baños, píldoras, cápsulas, glóbulos, sinapismos, apósitos, polvos, pócimas, gárgaras, clísteres, bébase, úntese, tráguese, adminístrese, sóbese y friéguese.

Y sin embargo, aun el silogismo o el raciocinio se convierten, bajo su fantasía, en esencia lírica. *Noche de tinieblas* se impone bajo esa luz. En *Decíamos ayer* refulgura ese mismo poder sobre todo en la profundización de la inutilidad del tiempo ante el amor:

Dulce es sentir que hay almas, y que se aman:
 su amor — inerte el tiempo para ellas —
 las vuelve, al Dios que férvidas aclaman,
 156 como Él las hizo: jóvenes y bellas.

Han pasado años, sí... por fin pasaron.
 Rudo tropel que atravesó el camino.
 Ya, como un nubarrón, se disiparon.
 160 Y nuestro sol a reclamarnos vino.

Y ande el tiempo. ¡Y sin fin rodando siga
 la fiel aguja que su afán nos muestra!
 ¿Qué hora marcará que no nos diga:
 164 «Aquí os amasteis; yo también soy vuestra?»

En todo grato sueño nos parece
 que ya lo hemos soñado: ese es su hechizo.
 Mi mejor sueño a ti te pertenece;
 168 en ti el pasado mágico realizo.

Reinsistir en la amplísima gama métrica de Pombo es casi redundancia. Laboró casi todos los ritmos con soltura envidiable, como si se acompañara a esos versos muy suyos:

“esta es la luz que rompe generosa sus cadenas de hierro a los torrentes”. Sin embargo esa pericia corusca más diáfana en ciertas composiciones ligeras como *Torbellino a misa*, donde, al impulso de un ritmo pentasilábico, la frase no se detiene, sino que rota incesante, imitando los giros de la danza, mientras que el estribillo es pausa, para que el giro vuelva a emprender su rotación hasta ascender a un clímax en el que el lenguaje se hace música apresurada que imita los últimos alocados y acesantes revoloteos del torbellino:

¡Ande el molino,
pueda o no pueda,
que con su rueda
me engolosino!
¡Qué polvareda,
qué remolino,
loca humareda
de amor y vino,
lampos de seda,
trombas de lino,
ya el pie se enreda,
ya pierdo el tino,
ya no hay vereda,
ya es desatino!
Rueda que rueda
cada vecino
con la que queda
por su camino,
y nadie sabe
por dónde va.

Tray-la-ra-lá.

Y canta el ave
tierna y suave
curruculá,
curruculá!

Pombo asciende a gran maestría idiomática en poemas infantiles, como en *La fragua*, *La niña curiosa*, y en muchísimos otros de esa índole.

Así, por ejemplo, comienza *El coche* onomatopéyicamente:

¡Triqui!
 ¡Traque!
 ¡Juipi!
 ¡Juape!
 ¡Arre!
 ¡Hola!
 ¡Upa! ¡Vivo! ¡Carambola!

para desarrollarse en una carrera verbal:

Y el látigo zumba,
 y todo retumba
 con tal alboroto
 cual de un terremoto
 que al orbe derrumba,
 y toda la gente
 se agolpa imprudente
 a ver qué noticia
 al mundo desquicia,
 o qué malhechores
 o insignes traidores
 cazó la justicia:
 o qué personaje
 va en urgente viaje
 de cántaros de oro
 que siguen ligeros
 tal vez bandoleros,
 galgos carniceros
 en pos del tesoro.

El éxito de todas esas fábulas y cuentos radicó en su tejido rítmico: “Miringa Mirronga, la gata candonga”, “Michín recobró el sentido y se halló manco, impedido, tuerto, hambriento y sin un real”, “Érase una viejecita sin nadita que comer”, “El hijo de rana Rin Rin Renacuajo salió esta mañana muy tieso y muy majo”, “Era Juan Chungueiro insigne gaitero”, poemilla construido con reiteradas consonancias internas. En todos ellos el ritmo posee en sí mismo significaciones profundas, como para ratificar aquello de la *Poética* de Aristóteles de que el ritmo de la danza, en su semántica oculta, entraña hasta valores éticos. El mismo Pombo decía

que música y poesía son “versión con diverso nombre de un mismo impulso universal”.

Los poemas infantiles de Pombo, al igual que preceptores avezados, desfilan entre opulencia melódica, al mismo paso con que lo hacen los animales de la fauna universal y tropical. Son deleite de niños y viejos: son escuela de música para los más rejugados poetas.

En este aspecto Pombo es precursor del modernismo: extrajo del idioma múltiples tonalidades melódicas. Y es precursor también de la poesía de vanguardia. Al usar prosaísmos, al introducir palabras cotidianas, al no temer a lo circunstancial, se estaba colocando en posición de avanzada: de ello era consciente. Consideraba que el idioma poético no podía enclaustrarse en un guarismo limitado de vocablos sino verse por todos los meandros del lenguaje.

Apartes de *En el Niágara* comprueban su antevisión vanguardista: He aquí éste en el que entran palabras, casi consideradas antipoéticas:

... él, activo
 cíclope anglosajón, probando al mundo
 que es digno amo de ti, con puente aéreo
 salva tu abismo inmenso, y por su mano
 te da su abrazo atlético de hierro,
 esto que el hombre (insecto de un instante
 y atolondrado por su instante) llama
 la civilización...

La dicción es suelta. Analiza la situación con una mirada elemental, casi que con palabras del existencialismo: “insecto de un instante y atolondrado por su instante”. Así discurre todo el poema. En otro momento, más adelante, dice:

... Yo, a la vista
 de este río de truenos —fulgente
 cometa de las aguas—, no querría
 sino abrazarme dél, como aquel iris
 que en su columna espléndida serpea,
 y como él, ni sentido, ni sensible,
 desaparecer.

Es que la musicalidad o el fulgor o el impresionismo han sido patrimonio de todo excelso poeta desde la antigüedad. Sólo se extremaron en un instante histórico, en el que predominaron como perfil de su época. Lo mismo ocurre con la fluyente mirada vanguardista hacia los seres cotidianos: es un hecho universal que aparece aun en los más primitivos escritores.

En Pombo, retorna esa intuición. *En el Niágara* es un poema sin restricciones estróficas o rítmicas. La mirada serpea vivencial, como inelaborada, expresando todo el arroyo de la conciencia, momento a momento, entre voragos de imágenes.

Esa misma mirada podría encontrarse en *Decíamos ayer*, aun dentro de la constriñente estructura endecasilábica:

Han pasado años, sí... ¡por fin pasaron!
 Rudo tropel que atravesó el camino.
 Ya, como un nubarrón, se disiparon.
 Y nuestro sol a reclamarnos vino.

Tal ha sido el drama de Pombo: abierto a todo horizonte. Su drama interior está diseñado en *Preludio de primavera* que es la descripción de un escenario telúrico, maravilla narrativa de un hombre que vive con intensidad la naturaleza. Pombo va a desposarse con la soledad. La naturaleza se le convierte en una catástrofe cósmica como *En el Niágara*, pero ante todo en sereno refugio. Cuando a ella se acerca y la canta, entonces le surge ese aliento bucólico, casi de ternura por lo campestre, como en *Preludio de primavera*. En *Decíamos ayer*, desde el verso 89 hasta el 132, regresa esa emoción geórgica y a la vez solemne, como si la naturaleza se convirtiese en templo del amor.

¿Y no ha herido tal vez tu fantasía
 que aquella tarde insólita, imponente,
 fue solo misteriosa profecía
 de este misteriosísimo presente...?

Pombo era, además, un místico. *Extasis*, *De noche*, *Noche de diciembre*, son un vuelo rápido y patético y profundo en

esa ascensión. Pero es también un sensual, como lo refiere en *A Paula*. Nunca podrá solucionar esa antítesis entre misticismo y sensualidad: “Tú y Dios me disputáis en este instante”. Imaginó, entonces, que la mujer uniría esos dos polos.

Si tiende siempre a Dios, sin embargo, tiende siempre a la tierra. Por consiguiente entrelaza tierra y mujer, tierra y Dios. *Preludio de primavera* es Dios encubierto en la hermosura terrenal. *Noche de diciembre* es Dios iluminando a la mujer. En *Noche de diciembre* está la solución de su drama, y en *Decíamos ayer* la clave:

- 64 Buscar palabra al silencioso drama
 de la contemplación, mística guerra
 entre Dios, padre amante que reclama
 al eterno extranjero de la tierra;
- y esta madre de muerte, inmensa y bella,
 Venus que al par nos nutre y nos devora,
 y, presintiendo que escapamos de ella,
 68 con tanto hechizo nos abraza y llora.

Naturaleza y Dios, todo hubiera querido Pombo encontrarlo concentrado en una mujer: “¿qué perdió Adán perdiendo el paraíso si este azul firmamento le quedó y una mujer, compendio de natura, donde saborear la obra de Dios?”. Eso es *Noche de diciembre*: “sólo el amor transporta a nuestro mundo las notas de la música de Dios”. Nunca querrá renunciar ni a Dios, ni a la mujer, ni al cosmos. Sólo en su vejez le quedará Dios: “No ya mi corazón desasosiegan las mágicas visiones de otros días...”, como escribe en *De noche*, “estoy y estuve atrincherado en Dios”, repetirá en *Indiferencia*.

Preludio de primavera termina en un treno de soledad. Tras describir la juventud sin amargura y la naturaleza en su existencia enorme, cae en la soledad. Lo mismo ocurre en *El Niágara*, tras de formidable meditación sobre el hombre. Allá palpita una ternura por la tierra y acá un asombro, pero la tragedia de soledad es la misma en los momentos distintos. Lo mismo acaece con la mujer: “el derredor vacío de hogar, amor, esposa”. Pero su gran aspiración, ya en la mente creadora, es

Y tú y yo, tierra y cielo, mente y acto,
 hoy y ayer, la esperanza y la memoria
 todo ya es uno, en inefable raptó,
 184 fruición anticipada de la gloria.

Y esa es la juventud: el fugitivo
 presagio de la eterna, que al conjuro
 vuelve de Amor, como en miraje esquivo,
 188 a enseñarnos un bien siempre futuro.

¿Y el *sueño* cuál será? ¿La no apagada
 Luz, o esta bruma efímera de invierno?
 Ah, lo que pasa *no es*: es sombra, es nada;
 192 y no hay más que una realidad: lo Eterno.

Atando el hilo roto un largo instante
 sigamos, pues, llorada compañera,
 hacia atrás, y a la par hacia adelante.
 196 A nuestro gran *será* que hace años *era*.

Pombo es un hombre auténtico. Fue leal a su Dios, a su soledad, al amor, a su patria, a su poesía. Nunca se traicionó. Cubrió todo el romanticismo, y lo superó. Es una cumbre lejana iluminada por la grandeza imaginativa. Fue un poeta integral.

OSCAR GERARDO RAMOS

Universidad del Valle,
 Cali, Colombia.